



Las travesuras del azar

Por Virginia Woolf (1926)

En una proyección reciente del *Dr. Caligari*, una sombra en forma de renacuajo apareció repentinamente en un ángulo de la pantalla. Se hinchó hasta adquirir un tamaño enorme, osciló y se hundió de nuevo en la nada. Por un momento pareció encarnar alguna imaginación monstruosa, enfermiza, del cerebro lunático. Por un momento, pareció que el pensamiento podía transmitirse en formas mejor que en palabras. El monstruoso, estremecido renacuajo parecía ser el propio miedo y no la declaración “Tengo miedo”. En realidad la sombra era un accidente y el efecto no intencionado.

Pero si en determinado momento una sombra puede sugerir mucho más que los propios gestos y las palabras del hombre y la mujer que padecen miedo, es evidente que el cine tiene a su alcance numerosos símbolos para expresar emociones que hasta ahora se han desaprovechado. El terror, junto a sus formas corrientes, tiene la forma de un renacuajo; brota, forma bultos, se estremece, desaparece.

¿Existe, nos preguntamos, algún lenguaje secreto que sentimos y vemos pero nunca expresamos en palabras y, si es así, podría hacerse visible a nuestros ojos? ¿Existe alguna característica que posea el pensamiento y que pueda llegar a ser visible sin necesidad de palabras?

A veces, en el cinematógrafo, en medio de su enorme destreza y considerable dominio técnico, se corre la cortina y contemplamos, a lo lejos, cierto tipo de belleza desconocida e inesperada. Pero sólo por un momento. Porque algo extraño ha ocurrido; mientras todas las demás artes nacieron desnudas, ésta, la más joven, ha venido al mundo completamente vestida. Puede decir lo que sea antes de tener algo que decir. Es como si una tribu salvaje, en lugar de encontrar dos barras de hierro para jugar, hubiera encontrado esparcidos por la playa violines, flautas, saxos, trompetas, grandes pianos Erard y Bechstein, y con increíble energía pero sin saber una nota de música, empezase a hacerlos sonar todos al mismo tiempo.